

"ENTRE EL OLVIDO Y EL SUEÑO", poemas de Mario Dazán.

El viejo tronco poético de Chile echa brotes y ramas verdes periódicamente. No se deja otoñar y sin descanso ni reparos en estaciones, saca hasta su superficie nuevos nombres que son nuevas esperanzas cuando no, serias realidades.

Hoy nos llega un retoño niño desde San Fernando —tierra de "Afines" y huasos generosos— bajo el título de *Entre el olvido y el sueño* que firma Mario Dazán.

El autor es rancagüino: nació y vivió en esa ciudad hasta los catorce años para seguir creciendo después en la capital de Colchagua.

Mario Dazán forma en las huestes aguerridas del Grupo "Los Afines" que combate a diario y sin tregua por despertar a la provincia a las nuevas formas artísticas, a los nuevos gustos literarios. Es su voz más joven y su brazo más decidido.

La poesía de Dazán está libre de climas campesinos, de paisajes pintorescos, del ambiente característico de la zona que la vió formarse.

Se levanta alta y atrevida a entonar canciones personales que a ratos son sencillas, serenas, inteligibles pero que por momentos se vuelven oscuras, oníricas llegando a detenerse apenas en los lindes señalados a la pesadilla.

Hay por ahí —en efecto— unos versos que son eco sin gusto de poemas dadaístas o surrealistas:

*¿Qué pasión se desata a tu gemido
cuando lactas con tu partido pecho,
cuando arpegias tus órganos lejanos
y eres furia encabritada hacia Dios
echando espumaraja por los senos...*

Sin embargo, y por suerte, poemas como éste no hay muchos. La sinceridad del hombre que hay en el poeta, su abierto espíritu,

su condición innegable de artista, lo libera de estos malos pasos, llevándole a zonas claras donde se siente mejor respirando aire liviano, pleno de oxígeno:

Penetrar en lo quieto hacia una voz de olvido.

Sentir el pecho laxo donde el tedio suspira.

Caminar sin sentido, pasando por los años

y encontrar la niñez en la luz de una esquina.

Mario Dazán es joven y tiene —lo sabemos— excelentes intenciones. Busca su propia entonación entre muchas pautas que lo llaman desde los cuatro puntos cardinales. Este es su primer volumen de versos y está por eso, lleno de notas, colores y escalas de diversas índoles.

Hay páginas austeras que nos hablan del conocimiento del bardo, de los grises, conceptuosos, medios expresivos de la poesía clásica hispana.

El poeta mira a lo hondo del misterio humano y cierto desaliento, cierta desesperanza, le hace escribir, bellamente:

Juntar las manos, suaves de tanto apretar aire

y entonar con los dedos un saldo de recuerdos.

En otros poemas, en cambio, la vida lo coge, lo hace brincar regocijado mirando y admirando en embeleso, la flor, la hoja, el viento. Canta a la rosa y llora al verde perdido de la rama con sencillez que aplaudimos sin reservas.

Cuando evoca al viento que lentamente muere, dice versos inolvidables que atestiguan su segura casta de poeta. Son ellos los que están reservando a Mario Dazán un lugar de preferencia entre los poetas jóvenes de Chile:

*Ya calmado el deseo, ya cansada la boca,
en el sauce te apoyas, te meces por la rama.
La tarde está naciendo de la raíz al cielo
del cielo hasta la nube, de la nube a la nada.*

Creemos que debe ser esta la ruta poética de Mario Dazán...

Los saltos mortales, las acrobacias estilísticas, los desequilibrios oníricos, no parecen sentarle al autor de "Secreta flor" y de "Viento cayendo".

Quien conoce al poeta sabe que se trata de un muchacho espiritualmente sano, sin dobleces ni esquinas oscurecidas: llano, amplio, sincero como la lluvia de invierno o la dureza de los primeros riscos cordilleranos vecinos a San Fernando.

¿A qué buscar giros difíciles? ¿Para qué esconder el concepto en un mar de alquitrán que no trae belleza? ¿Para qué confundir la palabra, simple, directa, precisa, limpia, en un alud de sonidos discordes que roban el significado al poema envolviéndolo en brumas engañosas?

Máxime cuando se tiene capacidad verdadera, sensibilidad suficiente para crear poesía, como la tiene Mario Dazán.

Que emborrachen oídos y sentimientos; gustos y criterios, los señores que quieren pasar por poetas sin tener los maravillosos "dedos de organistas" que el arte exige.

Que oculten su pobreza expresiva y creadora, los jóvenes raros que hacen versos (ellos los llaman así...) porque les "encanta" que los nombren poetas.

Mario Dazán tiene un mensaje de belleza claro, cierto, concreto que decir. A expresarlo debe encaminar sus preocupaciones sin urgencias ni desmayos tal como lo aconsejaba Goethe, el inmortal de Alemania.—Raúl González Labbé.